

# RE-SEÑAS DE LIBROS

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

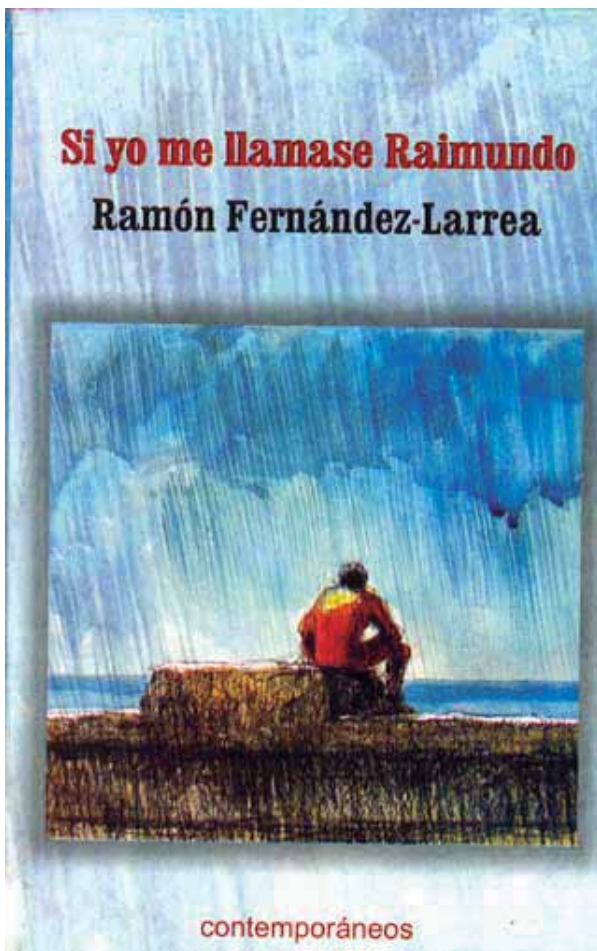
- Fernández-Larrea, Ramón *Si yo me llamase Raimundo*. La Habana, Ediciones Unión, 2013. 222 pp.

A contracorriente, a golpes de versos y de reconocimientos otorgados, no sin reticencia, en varios concursos literarios nacionales, Ramón Fernández-Larrea logró darse a conocer en el ámbito de la joven poesía cubana de los años 80. Para el gusto de los funcionarios del aparato cultural de entonces y de los cuadros de la Unión de Jóvenes Comunistas sus poemas resultaban, cuanto menos, incómodos, difíciles de entroncar con el discurso poético afirmativo, optimista y revolucionario que se esperaba de las voces que surgían. A esto se sumaban hechos igualmente preocupantes: su vida desordenada, su desfachatez ante todo lo oficial, sus ingeniosas burlas, que eran repetidas por sus incontables amigos. Sin embargo, la obtención del Premio “Julían del Casal” en 1985 con el libro *El pasado del cielo*, finalmente le permitió a Fernández-Larrea hacer que su obra trascendiese hacia un mayor número de lectores. A continuación pudo publicar, entre otros volúmenes, los

titulados *Poemas para ponerse en la cabeza* (1987), *El libro de las instrucciones* (1991) y *El libro de los salmos feroces* (1994). Después de una ausencia de casi veinte años del panorama editorial cubano, que se inició con su salida definitiva del país, se ha hecho presente en nuestras librerías *Si yo me llamase Raimundo*, una amplia selección de su poesía llevada a cabo por el también poeta y narrador Alex Fleites.

Si realizamos una valoración general de la obra poética de este autor y la enfrentamos a la escrita por los integrantes de su generación salta a la vista no solo la originalidad de su mirada, sino también el registro de su voz. Hasta donde conocemos, en ningún otro autor, como en él, se observa una voluntad transgresora que incide en el flechazo metafórico, en los elementos expresivos y en el proceso de avance (y a veces de retroceso) que hallamos en sus versos. Además de realizar rupturas lógicas y de emplear un desaliño estudiado, no excesivo, Fernández-Larrea recurre a la mordacidad en sintonía, sin embargo, con la hilaridad. Resulta poco menos que imposible aplicarle a sus poemas el corsé ortopédico de la coherencia. La trayectoria de su discurso ejecuta saltos de canguro, va de un lado a otro y de una distancia corta a otra larga. Por momentos se observan acercamientos a un nihilismo desmovilizador y paralizante en el que casi todo puede ser risible, burlesco, tanto la familia (la difunta madre en “Foto de 1954”, la abuela en “Cantando con mi abuelita sobre las piernas”) como el cristianismo (“Nueva vida de Dios con nacimiento y disparos”). En otros instantes sale a relucir el desgarramiento provocado por la insatisfacción existencial (“Escrito a los treinta años”) o, con sutileza, el reconocimiento de que se está expuesto a una represalia por motivos políticos: “los profesores de espejuelos aseguran muy tristes / que me estoy metiendo en la boca del lobo / los bebedores de consignas me ven entre colmillos / todos dicen que estoy en la boca del lobo” (“Variaciones sobre la boca del lobo”). El autor se complace además en combinar el acercamiento y el rechazo, el elogio y el denuedo, la entrada y la salida del yo para darle voz a otros, echar un vistazo al entorno y señalar una realidad multifacética.

En función de recursos expresivos, Fernández-Larrea aprovecha el legado del conversacionalismo e incorpora a sus versos frases populares como “yo estaba en la cola del pan” (“Carta de relación”) y “aún nos deslizábamos en segunda / sin pensar en la bola escondida” (“Bagatelle für Elissa”), más en otras ocasiones se apropia de fragmentos de la letra de canciones de Los Beatles (“Cantando con mi abuelita sobre las piernas”) y citas de otros autores, o recurre a una intertextualidad



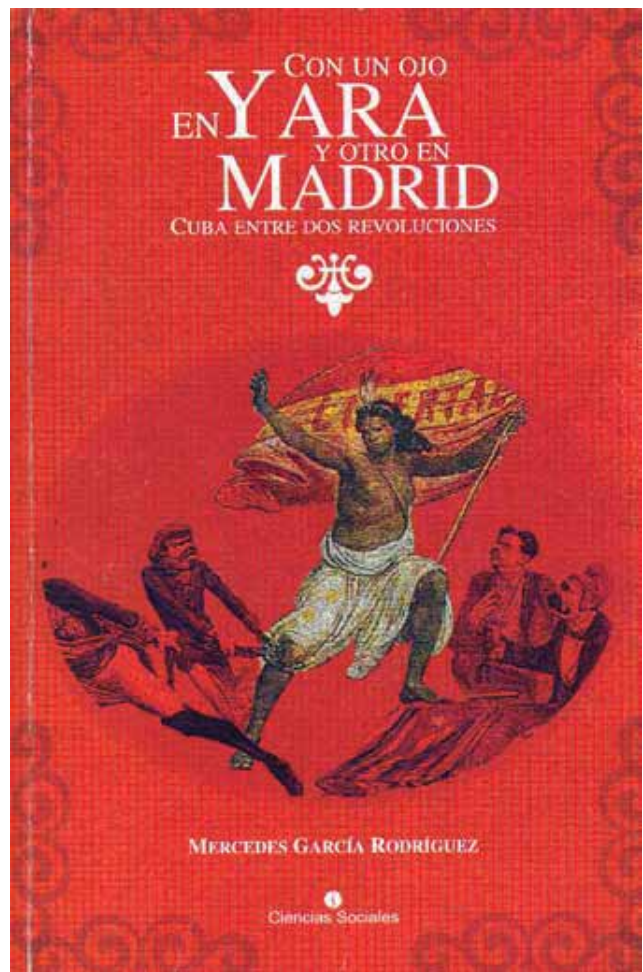
en dirección contraria: “Será ceniza y no tendrá sentido” (“Escrito sobre un pedazo de madrugada”). Sin embargo, los mayores aciertos expresivos de la producción poética de este autor radican en la elaboración ingeniosa, como demuestran estos símiles: “y se ponían alegres como un diploma arrugado / como una pelota destrozada en el patio” (“Pero mira cosa buena de mi vida baila mi son”), en los cuales creemos detectar el eco de *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda. De igual modo, en algunas ocasiones su talento poético se desborda torrencialmente, como demuestra el poema “Peón cuatro dama”, en el cual arbitrariamente y jocosamente hace coincidir en La Habana Vieja, entre otros, a Carlos Marx y a Bobby Fischer, al padre Bartolomé de las Casas, al mariscal Tito, Antonio Maceo, Miguel Matamoros, André Bretón y José Raúl Capablanca, en una aleatoria combinación en la cual nos sorprende el verso: “el moncada se parece al molino rojo”.

Aunque es bastante conocida, no podemos dejar de recordar aquí la refutación que este poeta hace en el poema “Generación” a los muy divulgados versos de Roberto Fernández Retamar fechados un día tan significativo como el 1º de enero de 1959. Si este se preguntaba entonces: “Nosotros, los sobrevivientes, / ¿A quiénes debemos la sobrevida? / ¿Quién se murió por mí en la ergástula?” (“El otro”), Fernández-Larrea, casi cuarenta años después, como joven de su tiempo, le daba esta respuesta: “nosotros los sobrevivientes / a nadie le debemos la sobrevida.” Y avanzando mucho más aún por este camino independiente de los senderos trazados por lo que se considera políticamente correcto, llega a decirnos con total sinceridad: “por mí se hubieran ahorrado muchas cosas / el asalto al palacio de invierno / los venenos sutiles de jóséf stalin / la construcción de tian`anmen / la alegría selvática de la sierra maestra” (“Juanita Petición no camina”).

Afirma el ensayista Víctor Fowler como cierre a las palabras introductorias de este libro: “Gracias a Ramón aprendimos que, a la misma vez, era posible ser y vivir como poeta de un tiempo nuevo” (p. 28). Quizás más acertado hubiera sido decir que tuvimos ese aprendizaje a pesar de las desventuras de Ramón, quien intentó ser una especie de Dylan Thomas en La Habana de los años 80 y, aunque los tomó tan alegremente como el ron, se vio obligado entonces a tragar no pocos buches amargos. Pero dejemos eso como anécdota o como historia pasada. Al final su poesía se abrió paso.

- García Rodríguez, Mercedes *Con un ojo en Yara y otro en Madrid. Cuba entre dos revoluciones*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012. 363 pp.

No han sido escasas las investigaciones históricas que han fijado su atención en la gesta emancipadora iniciada por Carlos Manuel de Céspedes en Demajagua en 1868. Ramiro Guerra, Fernando Portuondo y Gerardo Castellanos han estado entre los historiadores



que con mayor dedicación han hurgado en las causas, en las interioridades y en las consecuencias de aquella contienda que se prolongó durante diez años y provocó grandes pérdidas humanas y materiales tanto en las fuerzas españolas como en las filas de los combatientes independentistas y en la población civil. Sin embargo, casi la totalidad de ellos se ha sentido atraída fundamentalmente por las acciones bélicas, las más importantes batallas, los desembarcos de expediciones, o por la personalidad de algunas figuras de gran relieve como Céspedes, Ignacio Agramonte, Vicente García y Antonio Maceo. Volcados hacia el componente factual de esa historia patria que constituyó el gran despertar del pueblo cubano en busca de su soberanía, dejaron a un lado algunas facetas importantes de la llamada Guerra Grande, entre ellas el complejo mapa político surgido no solo en Cuba, sino también en España y en los Estados Unidos, a raíz del Grito de Yara. En esos escenarios se hicieron presentes conflictos derivados del alzamiento, unas veces a través de las pugnas ideológicas y en otras ocasiones por medio de la diplomacia, el espionaje, las luchas intestinas entre distintos sectores del poder económico insular, los intereses personales de aquellos que veían peligrar sus propiedades, la pe-

culiar situación surgida en la Península Ibérica tras la proclamación de la Revolución Gloriosa y el asombroso poder que en esos momentos habían logrado acaparar los elementos más reaccionarios del integrismo español y su punta de lanza: los batallones de voluntarios. Fue precisamente a ese trasfondo de los acontecimientos de la Guerra de los Diez Años, en especial al período comprendido entre 1868 y 1871, hacia donde dirigió su atención la autora de esta obra, que viene a aportar valiosas informaciones y atinadas interpretaciones sobre una gesta que parecía ya debidamente estudiada.

Mercedes García manifiesta un mayor interés en los aspectos sociales y políticos, y de un modo acertado describe el panorama de los grupos enfrentados: los reformistas, los anexionistas, los autonomistas, los integristas y los separatistas, sin dejar de señalar los matices diferenciadores entre ellos y que en algunos momentos hubo reformistas, e incluso independentistas, que se deslizaron hacia el anexionismo y propusieron la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, actitudes que demuestran la complejidad ideológica del momento, la oscilación que a veces opera en el pensamiento de los hombres y la pérdida momentánea de orientación de patriotas de indiscutible mérito.

Algunos de los tópicos esenciales a los cuales la autora trata de dar respuesta a través de serias fuentes documentales se resumen en tres interrogantes: ¿existieron contactos entre el movimiento liberal español y los independentistas cubanos?, ¿qué posición asumieron las fuerzas políticas, cubanas y españolas, ante la disyuntiva de reforma, independencia o integridad colonial?, y ¿en qué consistieron las misiones secretas promovidas por el gobierno español con el fin de resolver pacíficamente el conflicto armado? (p. 13). En lo que respecta a esta última interrogante queremos destacar las páginas esclarecedoras que Mercedes García le dedica a la deplorable y muy debatida encomienda secreta que trajo de los Estados Unidos a territorio insurrecto, para entrevistarse con el presidente Céspedes, el poeta Juan Clemente Zenea. En una larga polémica que se extiende durante más de un siglo y en la cual han tomado parte destacados intelectuales e íntegros patriotas, no pocos han tachado de traidor al autor de la conocida elegía “Fidelia,” mientras algunos, movidos más por la compasión ante su triste fin frente a un pelotón de fusilamiento, o por las simpatías que despierta su valiosa producción poética, lo han calificado de mártir y han tratado de justificar su tortuoso proceder en esa etapa final de su vida. Con toda la documentación ya recogida sobre la misión secreta de Zenea y dando pruebas de objetividad y de equilibrio en el análisis de los hechos probados y en la valoración final, la autora nos conduce al convencimiento de que este poeta, lastimosamente, se puso al servicio de España y en contra de sus hermanos independentistas, y llegó a aceptar una cuantiosa cantidad de dinero de manos del Cónsul

español en Nueva York por los servicios de inteligencia que realizaría en los campos de Cuba libre. Con esta demostración se desploma el intento de “rescate” de Juan Clemente Zenea llevado a cabo con la mejor de las intenciones, en los años 80, por Cintio Vitier. El hermoso monumento a este poeta, situado al inicio del Paseo del Prado, podrá seguir en pie, mirando al mar; pero ha de resultar ya muy difícil considerar que fue un patriota, no obstante haber sido ejecutado por el colonialismo español.

Aunque no llega a empañar el valor intrínseco de esta obra, sí afea la edición el considerable número de erratas, errores de concordancia e incluso faltas de ortografía que se encuentran en sus páginas. Resulta deplorable leer, por ejemplo, “cede de las Cortes,” por sede (p. 22); “encausar a la Isla por los caminos del progreso,” por encauzar (p. 49); “una labor de sapa a la causa de la independencia,” por zapa (p. 92); “rallado los nichos para ofender la dignidad española,” por rayado (p. 171), etc. Es innegable que *Con un ojo en Yara y otro en Madrid...* no conoció un buen proceso editorial, triste realidad que a ratos se manifiesta en los libros publicados en Cuba.

- Estrada, León *Santiago literario. La cultura artística y literaria en Santiago de Cuba. Medio milenio*. Santiago de Cuba, Fundación Caguayo – Editorial Oriente, 2013. 464 pp.

Discreto ha sido el número de diccionarios biográficos publicados en Cuba en las últimas dos décadas, a pesar de la utilidad de esas obras y del servicio que ofrecen no solo a investigadores o académicos, sino a todo aquel que desee conocer detalles fidedignos acerca de la vida o la producción artística e intelectual de una personalidad cubana. El esfuerzo que requiere la elaboración de un texto de esa magnitud, que exige fechas, lugares, referencias y acontecimientos precisos, muchas veces resulta casi sobrehumano e impone la necesidad de contar con la ayuda de colaboradores, aunque se tenga el convencimiento de que al cabo se ha de aportar una herramienta perdurable. La meticulosa tarea de buscar en documentos de archivo y en periódicos viejos el dato de una defunción o un artículo perdido, a veces con resultado infructuoso, pocos están dispuestos a realizarla. Menos aún cuando se tiene conciencia de que al final la información será aprovechada por otros investigadores sin que se cite la fuente o al que acometió la pesquisa. Mas por encima de tales ingratitudes previsibles hay quienes, satisfechos solo con abrirle una nueva puerta de entrada al conocimiento de nuestra cultura, invierten tiempo y energías en aras de confeccionar estas obras de consulta. Entre ellos se encuentra el poeta León Estrada, autor principal del presente libro.

Aunque *Santiago literario* cuenta con más de dos centenares de fichas bio-bibliográficas referidas a es-

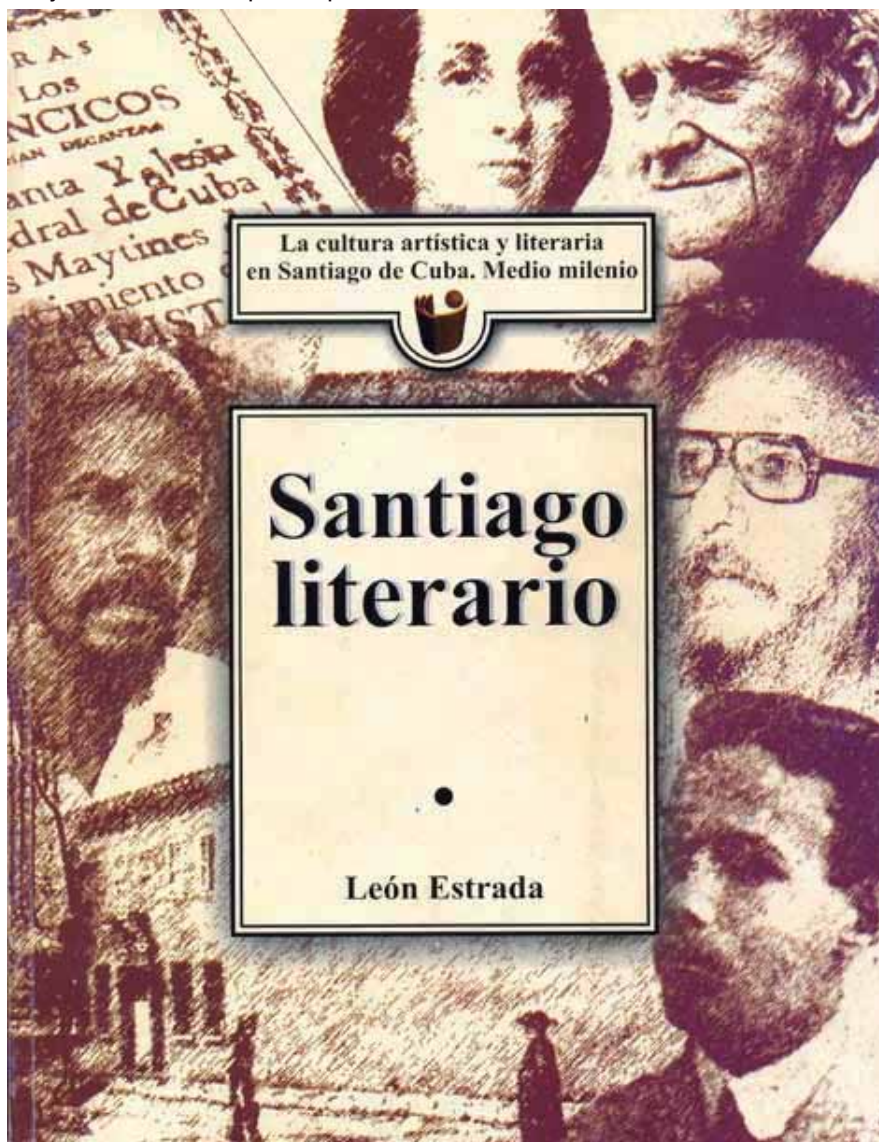


critores nacidos en Santiago de Cuba o que llevaron a cabo su labor intelectual en esa ciudad o en sus zonas aledañas, no puede decirse que su alcance solo sea el de un diccionario de autores, pues incluye además artículos dedicados a movimientos literarios –el Grupo Per Se, el Grupo H-, publicaciones periódicas santiagueras –*Galería, Cultura '64*-, instituciones –Universidad de Oriente-, esbozos autobiográficos y reseñas críticas. Todo esto con el objetivo mayor de ofrecer una seria y profunda panorámica de la vida literaria de la segunda ciudad en importancia de Cuba, desde las primeras informaciones que recoge la historia hasta la primera década del siglo XXI. A lo largo de ese recorrido de casi cinco siglos nos encontramos con figuras ineludibles de nuestras letras, como Luisa Pérez de Zambrana, José Manuel Poveda, José Soler Puig y José Antonio Portuondo, del mismo modo que a autores ya hoy olvidados, otros que apenas han comenzado su carrera literaria y algunos, entre ellos César López, Antón Arrufat y Lina de Feria, que en posesión

de una sólida obra continúan hoy enriqueciendo su producción intelectual.

Aunque León Estrada cargó con el mayor peso en la realización de *Santiago literario*, no puede dejar de mencionarse que contó con el aporte puntual de algunos colaboradores, quienes se hicieron cargo de redactar acápites muy específicos. Entre ellos estuvieron Olga Portuondo Zúñiga, José Manuel Fernández Pequeño, Omar Perdomo y Nydia Sarabia. La obra ha sido enriquecida también con numerosas fotografías personales y reproducciones de la portada de algunos libros y revistas. Al enfrentar la lectura de este texto y comprobar el caudal de información que nos brinda, bien documentada y procedente de disímiles fuentes, sentimos la sensación de hallarnos ante una obra monumental.

Bastarían las fichas bio-bibliográficas de los numerosos autores incluidos para concederle a *Santiago literario* un valor inapreciable. León Estrada no se conformó con los nombres más o menos relevantes y fue en busca no solo de los olvidados, sino también de



aquellos que han sido vapuleados por la crítica. Animado por el deseo de acometer rectificaciones históricas y recomponer prestigios fracturados, se detuvo en el legado literario de algunos poetas, como los hermanos García Copley, para señalar sus aciertos.

Resulta por completo inevitable que en una obra de esta envergadura, dirigida a abarcar a tantos autores, algunos hayan quedado al margen, quizás por desconocimiento del autor. Nosotros no hemos detectado una ausencia alarmante, pero sí creemos que debió concedérsele espacio a los siguientes escritores nacidos en Santiago de Cuba: Thalía Fung (1934), pensadora y profesora universitaria, autora de *En torno a las regulaciones y particularidades de la revolución socialista en Cuba* (1982), el novelista Luis Alberto Soto Portuondo (1948), quien obtuvo con *Eilder* el Premio David en 1983, y el narrador Ricardo Arrieta (1967). Asimismo, consideramos que debieron añadirse otros tres autores que, si bien no nacieron en esa ciudad, durante varios años tomaron parte en su vida cultural y publicaron títulos: el pastor bautista de origen gallego Francisco País Pesqueira (1862-1939), autor de *El espiritismo a la luz de las Sagradas Escrituras* (1922), el catalán Juan Ferraté Soler (1924), quien durante varios años fue profesor de Lenguas Clásicas en la Universidad de Oriente, bajo cuyo sello editorial aparecieron sus investigaciones *Seis poetas griegos del siglo VI a. C.* (1959) y *Semónides (seis fragmentos) y Solón (fragmentos 1-25)* (1960), y el ensayista manzanillero Luis Aguilar León (1925-2008), también integrante del claustro de profesores de dicho centro, autor del estudio *Pasado y ambiente en el proceso cubano* (1957). Con estas últimas incorporaciones se estaría cumpliendo con la advertencia vertida por León Estrada en la introducción: “Me he propuesto un libro inclusivo (...) donde quepan todos los que han creado documentos literarios relacionados de alguna manera con esta ciudad sean o no santiagueros...” (p. 17). No señalamos estas omisiones con el propósito de restarle valor a *Santiago literario*, que no lo perderá por detalles como estos, sino con la intención de hacerle una llamada de alerta al autor para otras posibles ediciones.

Mayor hincapié queremos hacer, sin embargo, en lo que consideramos las deficiencias lamentables y desconcertantes de esta obra, que responden a su estructura y organización. Si bien fue concebida de acuerdo con un coherente orden cronológico, nos confunde encontrar que al final de cada capítulo, agrupadas en el epígrafe titulado “Otros escritores...”, aparecen las fichas bio-bibliográficas colocadas a partir del nombre y no, como siempre ha sido lo normal, del primer apellido. No logramos entender por qué León Estrada utilizó ese ordenamiento tan peculiar ni por qué motivo desestimó la incorporación de esos nombres en el índice general. Este defecto, además de dificultar la rápida localización de una ficha en específico, obstruye la

posibilidad de establecer entre los autores lazos familiares sobre la base de un apellido común y nos obliga a recorrer —siempre de acuerdo con el nombre— varios capítulos para conocer en qué período resultó ubicado. Y nos tropezamos entonces con otra deficiencia colateral, pues si bien en la introducción se afirmó: “...he creído conveniente (...) insertarlos /a los autores/ en el momento de la salida de su primer libro” (p. 18), en varios casos no cumplió con esa premisa y los clasificó en una etapa equivocada. Como ejemplos podemos señalar las respectivas fichas del historiador Fernando Portuondo (1903-1975), ubicado en el lapso de 1900 a 1926 a pesar de haber publicado su primer libro en 1941, de la también historiadora Nydia Sarabia (período 1927-1958), cuya primera entrega editorial salió a la luz en 1970, y del poeta José Pérez Olivares (“los años sesenta”), quien vio impreso su primer volumen de versos en 1985. Como consecuencia de la errática colocación de esas fichas al lector le resulta verdaderamente engorrosa la consulta de la obra, potestad que nunca puede darse un diccionario de cualquier tipo. Algo similar hallamos también en la Bibliografía Activa de algunos autores, que no fue ordenada cronológicamente, como es lo correcto, ni de acuerdo con el orden alfabético, como se acostumbra hacer en los ficheros de las bibliotecas. Al respecto pueden revisarse las entradas correspondientes a Guillermo Rodríguez Rivera, Adys Cupull y Jesús Cos Causse. Por último, hay que deplorar igualmente que al comienzo de cada ficha no se brinde una escueta caracterización del autor —poeta, narrador, dramaturgo— y que sea necesario adentrarse en el contenido o llegar a la Bibliografía para entonces poder identificarlo. Una cuota de responsabilidad por todos estos desaguizados también debe ir a la cuenta de los responsables de la edición.

No deja de resultar penosa la tarea de señalar estas fallas en una obra indudablemente valiosa, que proporciona tantas informaciones y que ha exigido, de seguro durante muchos años, un esfuerzo constante. Pero más penoso resulta arribar a la conclusión de que todas esas deficiencias pudieron ser salvadas con relativa facilidad. Solo hubiera sido necesario acudir a la estructura tradicional, ya acuñada, de los diccionarios biográficos, precisar mejor la ubicación de algunos autores en el período que en verdad les corresponde, caracterizarlos y añadir en el índice general la relación de todos los nombres que cuentan con una entrada propia. La improvisación y el deseo de originalidad bien pueden ser virtudes en los textos pertenecientes al género de ficción, pero son muy peligrosos en los casos de las obras de consulta, en las que debe primar la transparencia y la accesibilidad.